

GEORGES BRASSENS

***J'suis l'pornographe
du phonographe,
le polisson
de la chanson (1).***

GEORGES BRASSENS

GORGES Brassens nació hace medio siglo en Sète, frente a la calma azul de aquel «cimetière marin» que otro ilustre «sétois», Paul Valéry, celebrara en áti-cas estrofas. Hijo de albañil y albañil él mismo en su juventud, Georges Brassens decidió hace ya bastantes años, acaso más de veinte, trocar la misera seguridad del andamio y la plomada por la arriesgada aventura de vivirse a sí mismo; abandonó, pues, su hogar mediterráneo y marchó a París con su guitarra, sus poemas, su hirsuto mostacho meridional, su eterna cachimba entre los labios y una vaga y urgente esperanza alojada en el centro de su mente. Tardó algún tiempo en darse a conocer. Deambuló por «music-halls» de mala muerte, apuró el vino peleón de los más pringosos «bistrots», aprendió a recitar de memoria el «vieux catéchisme poissard» y se sumergió con los ojos y el corazón muy abiertos entre la fauna doliente que pulula por el vientre de París.

En 1952 consiguió grabar su primer disco; en él se recogían cuatro canciones. La primera de ellas —«Le parapluie»— anunciaba ya al poeta de los melancólicos momentos fugaces, del humor amargo y entrañable, de las grises y mínimas odiseas cotidianas...

**Il pleuvait fort sur la grand-route,
elle cheminait sans parapluie,
l'en avais un, volé sans doute
le matin même à un ami... (2).**

La anécdota de «Le parapluie» es muy simple: el protagonista cobija bajo su paraguas a una bella desconocida —«elle avait quelque chose d'un ange»— y ruega interiormente que el chaparrón se convierta en un diluvio de cuarenta días y cuarenta noches; pero la lluvia cesa de repente, y la bella —après

m'avoir dit grand merci»— parte alegremente hacia el olvido.

Lo cierto es que Georges Brassens tuvo más fortuna que el pobre diablo que robaba paraguas a sus amigos. Y en un par de años, sus canciones invadieron París. No me refiero, claro está, a ese París amorfo y pseudocartesiano de los «bons» henchidos de «sens commun», ni tampoco al París carnavalesco y convencional de los afamados «cabarets» para provincianos y turistas reprimidos. Las canciones de Brassens llegaron, en primer lugar, a la sensibilidad de la gente de izquierdas. Mediante un comprensible proceso de simbiosis, las canciones de Brassens —sencillas, irónicas, mordaces, desgarradas, hirientes, a veces groseras— traducían a un lenguaje aparentemente trivial los mismos temas y preocupaciones latentes en un cierto sector social definido por su «engagement» ideológico. Se hablaba en ellas de borrachos y de ramerías, de mendigos y amantes de los bancos públicos, de cementerios y tabernucos, de hembras frustradas y beatos hipócritas, de gentes y situaciones cuidadosamente extirpadas de la fachada oficial de la dulce Francia. Georges Brassens ignoraba por aquel entonces —de saberlo se habría escandalizado muy seriamente— que todo aquello que él hacía constituiría, años más tarde, uno de los gérmenes sustanciales de ciertas tendencias más o menos trascendentes englobadas bajo el impreciso denominador común de «canción protesta» o «canción testimonio». Brassens vivía tranquilamente con su guitarra, su cachimba, sus gatos y su benévolo escepticismo, voluntariamente sordo a los chirriantes sonos de las «tromptettes de la renommée»...

**Je vivais à l'écart de la place publi-
[que,**

**serein, contemplatif, ténébreux, bu-
[collique.
Refusant d'acquiescer la rançon de la
[gloire,
sur mon brin de laurier je dormais
[comme un loir... (3).**

Su absoluta y feroz independencia, su insobornable rebeldía, su honestidad, le mantenían apartado de una fama fácil y confortable. Sin embargo, no podía evitar que su prestigio creciese como la espuma. En 1956, René Clair le llamó para que interpretase, junto a Pierre Brasseur, el papel de «El Artista» en la película «Porte des Lilas»; Georges Brassens no quedó muy satisfecho de esta experiencia cinematográfica, pero las canciones que interpretaba en el film contribuyeron a elevar aún más su cotización como poeta y compositor...

**Y a des copains au bois d'mon coeur,
au bols d'mon coeur.
Ils m'accompagn'nt à la mairie
chaque fois que je me marie... (4).**

Cuando en el otoño de 1958 dio un recital en el Olympia, Georges Brassens se halló convertido en el indiscutible monstruo sagrado de la canción francesa. Años después, en septiembre de 1966, Brassens compartía con Juliette Greco los honores de actuar en el escenario del Théâtre National Populaire; algún crítico —lo recuerdo vagamente— aludió a la revivificación del mito de la Bella y la Bestia; su referencia no era del todo inoportuna, si se comparaban la grácil silueta enfundada de negro y las manos prodigiosamente expresivas de la Bella-Greco con el aspecto huraño, los gestos torpes y la ronca ternura viril de la Bestia-Brassens.

En todo caso, el mito Brassens era ya tan indestructible como, en otros aspectos de la vida francesa, lo habían sido el mito Gerard Philippe o el mito Albert Camus. Ade-

más, en el caso de Brassens no era el hombre quien se veía forzado a amoldarse en todo instante a las reglas de conducta externa determinadas por la morfología de su propio mito, sino precisamente todo lo contrario. Para algunas gentes —por ejemplo, para los españoles, que se han visto privados hasta ahora de acceder por cauces regulares a la abundante discografía del gran cantante francés—, Georges Brassens continuaba siendo, a pesar de todo, un poeta de mala reputación.

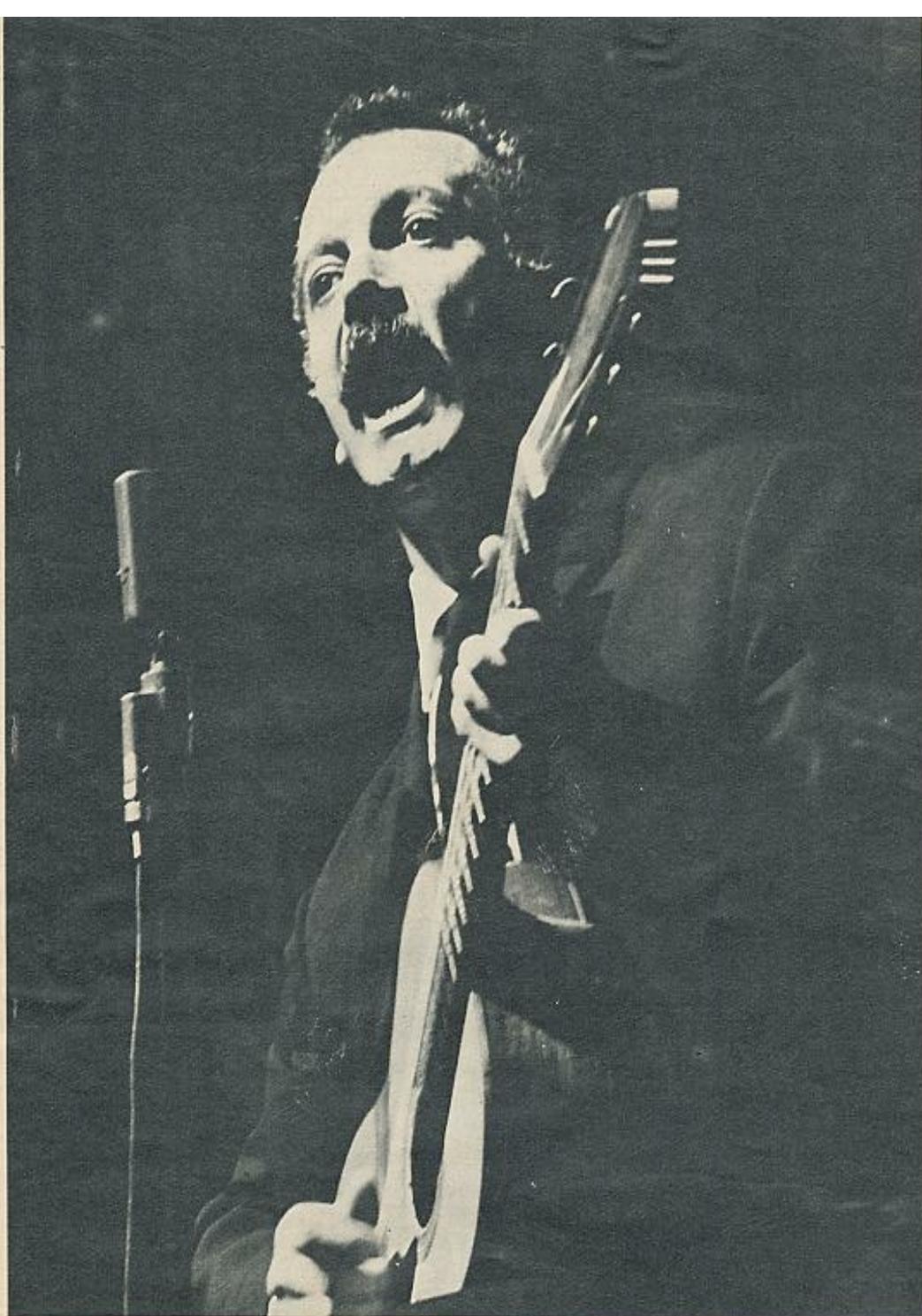
«LA MAUVAISE REPUTATION»

Ya en una de sus primeras canciones, Georges Brassens era perfectamente consciente de su condición de poeta maldito:

**Au village, sans prétention,
j'ai mauvaise réputation.**

**Je ne fais pourtant de tort à per-
[sonne
en suivant mon chemin de petit
[bonhomme.
Mais les braves gens n'aiment pas
[que
l'on suive une autre route qu'eux;
tout le monde médit de moi,
sauf les muets, ça va de soi (5).**

La mala reputación pública de Georges Brassens es debida, como en muchos casos análogos, a la secular repulsa que los seres gregarios sienten respecto a los hombres de espíritu independiente. Brassens —ha escrito Alphonse Bonnafé— «se ha echado el mundo a la espalda. Le era preciso renunciar a sí mismo o encontrar en la soledad un vigorizante y construir su desquite. Como ya lo habían hecho Sade o Lau-tréamont, necesitaba inventar un



Brassens, lanzado ahora masivamente en España, es un mito francés tan indestructible como en otros aspectos lo fueron Gérard Philippe o Albert Camus...

medio de sobrevivir y, al mismo tiempo, devolver su reprobación a aquellos que se la arrojaban a él... Se comprende que el más violento vocabulario sea para él una necesidad: se trata de testimoniar, de ofender, de escandalizar, porque sin escándalo las buenas gentes permanecerían en sus cómodas posiciones, y el energúmeno que les hace frente no hallaría motivos de estar ahí.

En efecto, el lenguaje de Georges Brassens es, a veces, violento y brutal. Pero esa violencia verbal no es, en ningún caso, gratuita. Precisamente la única canción dedicada teóricamente al panegirico del «franc-parler» —«La ronde des jurons»— se limita a recopilar interjecciones arcaicas y pintorescas —«joyeux jurons de jadis»—, carentes de agresividad para oídos contemporáneos: «morbleu», «sacrebleu», «cornegidouille», «jarnicoton», «scrogneugneu», «saperlotte»... y tantas otras exclamaciones inocuas

y prácticamente intraducibles que nos recuerdan más al Père Ubu que a un deslenguado de nuestro tiempo.

Y es que la agresividad verbal de Brassens es totalmente funcional. No blasfema por blasfemar. No jura en vano. Cuando insulta, lo hace a conciencia, persuadido de la licitud y conveniencia del insulto. Y así, por ejemplo, la defensa sentimental de las busconas callejeras comienza con un ataque a las concepciones burguesas...

Bien que ces vaches de bourgeois
les apell'nt des filles de joie,
c'est pas tous les jours qu'ell's ri-
[golent... (6).

Otro ejemplo: cuando alude a su independencia ideológica, utiliza como contraste la figura del padre Duval, sacerdote-cantante que obtuvo un cierto éxito hace algunos años como intérprete de melifluas canciones...

Le ciel en soit loué, je vis en bonne
[entente
avec le Père Duval, la calotte chan-
[tante.
Lui le catéchumène et moi l'énergú-
[mène:
il me laiss' dire merde, je lui laiss'
[dire amen... (7).

La mala reputación de Brassens sólo es comprensible en un universo de hipócritas. Georges Brassens conduce al terreno de la farsa los valores de una sociedad convencional, los caricaturiza en media docena de estrofas y los destruye en cuatro palabras. No hallaremos, sin embargo, en Brassens una actitud programática o simplemente moralizadora. Brassens es demasiado humano para convertirse en censor de costumbres o para reducir su personalidad a un conjunto de principios abstractos. Sus debilidades y afectos son los de cualquier hombre capaz de pensar y sentir sin prejuicios. Junto a los más rotun-

dos y violentos exabruptos, Georges Brassens ha cantado los más hermosos poemas de amor. No se avergüenza de exhibir una inmensa ternura hacia los seres y las cosas. El se sabe libre e inocente; o por lo menos tan inocente o tan culpable como la mayoría de los hombres...

Je n'al jamais tué, jamais violé non
[plus,
y'a déjá quelque temps que je ne
[vole plus.
Si l'Eternel existe en fin de compte
[il voit
qu' je m'conduis guèr' plus mal que
[si j'avais la foi (8).

Se dice que Jean-Paul Sartre, al conocer por vez primera a Georges Brassens, comentó: «Tiene una hermosa mirada; se ve la bondad en sus ojos». Sartre pudo haber añadido: «... pero la bondad goza hoy de mala reputación». ■ SANTIAGO RODRIGUEZ SANTERBAS.

(1) «Soy el pornógrafo/del fonógrafo, el golfo/de la canción».

(2) «Llovía con fuerza sobre la carretera,/ella caminaba sin paraguas,/yo tenía uno, robado sin duda/aquella misma mañana a un amigo...».

(3) «Yo vivía alejado de la plaza pública,/sereno, contemplativo, tenebroso, bucólico./Rehusando pagar el tributo de la gloria,/sobre mi brizna de laurel dormía como un lirón...».

(4) «Hay amiguetes en el bosque de mi corazón,/en el bosque de mi corazón./Me acompañan a la alcaldía/cada vez que me caso...».

(5) «En el pueblo, sin pretenderlo,/gozo de mala reputación... Sin embargo, yo no hago daño a nadie/siguendo mi camino de pobre buena-za./Pero a las buenas gentes no les gusta/que se siga un camino distinto que el de ellos;/todo el mundo murmura de mí,/salvo los mudos, naturalmente».

(6) «Aunque estos guarros de burgueses/las llamen hijas de la alegría,/ellas no se divierten todos los días...».

(7) «Bendito sea el cielo, yo vivo en buena armonía/con el padre Duval, la tonsura cantante./El es el catecúmeno y yo el energúmeno:/él me deja decir mierda, yo le dejo decir amén...».

(8) «No he matado jamás, tampoco he violado,/hace algún tiempo que tampoco robo./Si el Eterno existe, a fin de cuentas ve/que me conduzco casi igual que si tuviese fe».

Discografía española de Georges Brassens

Hace algunos años apareció un disco conteniendo las once canciones interpretadas por Georges Brassens en su recital del Théâtre National Populaire en 1966. Ref.: Philips 842 141 PY. En la actualidad se están editando varios discos «long-play» en los que se va recopilando la obra completa de Brassens. Hasta el presente han aparecido los siguientes:

1. Philips 63 11 085. «La mauvaise réputation».
2. Philips 63 32 026. «Chanson pour l'Auvergnat».
3. Philips 63 32 027. «Je me fait tout petit».